

A VECES HAY LECTURAS...

“Memorias de Adriano” de Marguerite Yourcenar

Juan García Larrondo

A veces hay lecturas que pueden marcar un antes y un después en la forma de entender una vida. Páginas, frases y palabras que se te adhieren al corazón y regresan a lo más profundo de tu memoria como si hubiesen encontrado el sitio exacto al que siempre pertenecieron o volvieran al lugar del que no se deberían jamás haber marchado. Imágenes y verbos que, aun siendo fruto de la imaginación y el talento de otros, redundan en nuestra voz interior con un acento familiar, casi propio, y te conectan con el acervo emocional e intelectual de un mundo que, de repente, reconoces y en el que, al fin, hallas asilo y alimento. En ocasiones, hay lecturas que son como espejos en donde lees y ves por primera vez el libro de tu alma: ese retrato de ti mismo que desde siempre hubieses deseado esbozar y describir. Hay lecturas que, para un escritor, suponen al mismo tiempo el alfa y el omega de su parábola creadora, su manantial y a la par su maldición: la causa, el porqué e, incluso, puede que su propia conclusión. Tuve la fortuna de comprobar y de sentir algo similar a este milagro del que escribo tras leer, con apenas veinte años, una de las mayores cimas literarias de este tiempo. Me refiero, naturalmente, a “*Memorias de Adriano*” de Marguerite Yourcenar.

El libro, publicado en 1951 y traducido al castellano por Julio Cortázar es, si duda, una de las joyas literarias del siglo XX. En sus páginas, la escritora franco-belga-estadounidense Marguerite Yourcenar, nos ofrece -a modo de “biografía imaginaria”- una larga

epístola del emperador Adriano dirigida al joven Marco Aurelio en la que, él mismo, desde la vejez y en primera persona, le transmite al que habría de sucederle en el trono un relato de los acontecimientos más importantes y trascendentales de su vida. De esta suerte, la autora nos hace no ya solo un retrato más o menos inventado del César culto, benefactor de las Artes y viajero que gobernó Roma durante una de sus épocas más esplendorosas, sino que nos ofrece, al mismo tiempo, un intenso tratado sobre el tiempo excepcional en que vivió el propio emperador: “He pasado una gran parte de mi vida tratando de definir y luego de describir a este hombre solo y, por otra parte, en relación con todo”, manifestó la autora en el excelente “Cuaderno de Notas” que acompaña a la novela.

Es difícil, por no decir imposible, definir *Memorias de Adriano* y, aún más, reducirla al género de la más exquisita tradición literaria de la llamada “novela histórica” por tratarse, precisamente, de una de sus cimas, a la que dio gran notoriedad y contribuyó a poner de moda. *Memorias de Adriano* es mucho más que una novela histórica soberbiamente escrita. Es, en sí misma, una lección de Historia, un ensayo de Arte, un ejemplo de buena Literatura y un viaje iniciático a la Arqueología de las emociones de compleja catalogación. Una obra rigurosa que, inexplicablemente, en ocasiones, ha llegado a estar denostada por algunos historiadores o academicistas aunque, curiosamente, ni las investigaciones posteriores, ni la arqueología



logía, ni los estudios más recientes hayan conseguido arrebatar verosimilitud a este fantástico relato que, con diferencia, sigue siendo quizás la semblanza más completa que se haya hecho hasta ahora sobre la figura de este peculiar emperador. El libro pretende y consigue plasmar, con pulcritud y alteza literaria, el espíritu de una época única de nuestra Historia, época que la misma Yourcenar evoca en las notas adjuntas a la novela, citando esta célebre frase de Flaubert: “Cuando los dioses ya no existían y Cristo no había aparecido aún, hubo un momento único, desde Cicerón hasta Marco Aurelio, en que sólo estuvo el hombre”...

Ciertamente, con una prosa deslumbrante y fruto de una exhaustiva documentación, la autora nos recupera en la obra de manera virtuosa y acertada no solo la esencia de un tiempo “único”, sino también el retrato de un hombre con un perfil de gran complejidad psicológica; reconstruyendo pasajes e hitos de una vida que, fidedignos o no, nos resultan conmovedoramente cercanos. El Adriano emperador, el hombre poderoso a la par que frágil en su intimidad, su infancia en Itálica, su formación griega, su cultura, su experiencia militar, sus vicisitudes y glorias, sus aciertos y errores, su actitud ante la vida o hacia la muerte, su amor por Antinoo y el dolor de su pérdida, sus viajes por el Imperio... Una narración por capítulos que nos descifra la sombra de un ser que mira sus huellas desde la perspectiva próxima al fin de su existencia, tan plena de logros y derrotas como la de cualquier otro. Una perspectiva que recrea la visión panorámica de

toda una civilización a través los ojos de uno de sus más preclaros gobernantes; un jefe de estado y un hombre que, al fin y al cabo, como sostiene en su voz la propia autora, vivió “eternamente obligado, en el curso de su breve vida, a elegir entre la esperanza infatigable y la prudente falta de esperanza, entre las delicias del caos y las de la estabilidad, entre el Titán y el Olímpico. A elegir entre ellas, o a acordarlas alguna vez entre sí.”

Vuelvo a releer las “Memorias” con frecuencia. Es un libro que debería poder leerse varias veces a lo largo del tiempo, pues está lleno de sabiduría y frases profundamente hermosas que siempre nos desvelan algo nuevo sobre nosotros o nuestra sorprendente naturaleza. Nos invita a reflexionar sobre asuntos que a todos nos alcanzan: el amor, la vejez, las pasiones, el poder, la muerte y la fragilidad de la existencia. Yourcenar consiguió con esta novela dar voz y latido a la memoria de un gran hombre, cuya vida, inventada o certera, ya siempre alcanzará la inmortalidad y tendrá para la posteridad la mirada azul y evocadora de su autora. La de Yourcenar y la de los cientos de lectores de todo el mundo que formamos con ella parte de la *Gens Aelia* y hemos tenido la suerte de sucumbir a esta cumbre de la Literatura. “**Memorias de Adriano**” es más que un libro. Es un compendio sobre una filosofía del vivir. Una de esas lecturas que, con suerte, a veces, pueden marcar un antes y un después en la forma de entender una vida y ayudarte a encontrar en el mundo tu lugar.

El gaditano Juan García Larrondo ha recibido importantes reconocimientos a su trayectoria literaria como, por ejemplo, en el Premio Internacional “Teatro Romano de Mérida” por “El Último Dios”, texto inspirado en las “Memorias de Adriano” de Marguerite Yourcenar. En 2012, su versión de la obra de Albert Camus “El estado de sitio” fue galardonada con el Primer Premio “Alfred de Musset” de adaptaciones teatrales. En 2013, fue elegido finalista del Premio Andalucía de la Crítica en su modalidad de Teatro por “Celeste Flora”, una de las piezas más conocidas y representadas de toda su carrera. En 2018 fue nominado al Premio Lorca de Teatro Andalúz como mejor autor teatral por su obra “Bendita Gloria”, publicada en Artezblai Editorial.